

Doctrina Social de la Iglesia: ausente del pensamiento de gobernantes y sociedad venezolana

País caótico con orgullo de serlo, donde domina la contracultura de la ilegalidad

La Doctrina Social de la Iglesia es un cuerpo teórico planteado por diferentes pontífices (desde León XIII en 1891 hasta Francisco en 2015) y por el Concilio Vaticano Segundo, en tiempos mundiales distintos, destinado a la orientación de los creyentes y no creyentes, practicantes y no practicantes.

Esta doctrina, renovada, constante y dinámica, gracias a la lectura que hace la Iglesia de los hechos sociales, unida al Evangelio de Jesús, representa una propuesta de vida, en actitud y comportamiento, para alcanzar niveles superiores de perfeccionamiento humano y de convivencia civilizada y fraterna, para asentar la paz sobre la justicia social y el bien común universal. Como tal, es obligación para los cristianos, todos llamados a intervenir responsablemente en los asuntos temporales.

La convivencia armónica requiere la paz. Ella no se encuentra por casualidad, sino que se construye de manera permanente, en el interior de cada ser y en las relaciones entre comunidades y países. Por ello, los santos padres han orientado sobre la necesidad de armonizar el poder temporal, de mandatarios y jefes de estado, con la necesaria libertad y dignidad del ser, y, también han advertido sobre los deseos (individuales y egoístas) de las personas de poseer bienes materiales y disfrutar de un placer que ha desdibujado la fraternidad.

Todo para preservar la existencia de la raza humana en un planeta que se debe sustentar en acciones (personales, administrativas y legales) que lo conserven en pureza y salubridad, que no lo limiten en espacios y recursos renovables, que no lo degraden por sobre explotación o contaminación, y que no sea usado para acrecentar la brecha entre pobres y ricos.

Los documentos, encíclicas, mensajes y constituciones han sido vertidos en millones de libros, folletos, periódicos, impresos menores y, ahora, en la modernidad, en formatos de las nuevas tecnologías de la comunicación, por lo que están al alcance de todos los ciudadanos o seres humanos.

Los enfoques llevan la impronta del histórico magisterio eclesial, con dos milenios de antigüedad e incluyen principios, con soportes más antiguos y viejo -

testamentarios, que buscan nuestro crecimiento religioso, humano e intelectual e incentivan a la acción para buscar su aplicación práctica. Es una enseñanza, afincada en su perenne eficacia, que refuerza, justifica y busca sentido a ramas sociales como la educación, la ciencia, la tecnología y la política. Todo en procura de un nuevo orden social, económico y político, soportado en la dignidad y libertad de la persona humana para alcanzar la paz duradera y permanente, la justicia y la solidaridad.

Orden social distinto basado en el bien común, el bien de todos, sin exclusiones ni rezagos, que no puede confundirse con un desarrollo simplemente material, sino que debe buscar el crecimiento humano integral, porque el hombre es un ser con una dimensión intelectual, cultural, ética, política, social y espiritual. Elementos que también deben caracterizar a la sociedad universal para que desarrollo sea por el hombre, para el hombre y nunca en su contra.

En ese sentido, la Iglesia ha analizado de manera integral asuntos como el trabajo y la dignidad del trabajador, el orden de las cosas sociales, económicas y la disciplina moral, la interconexión entre la economía y la vida a nivel mundial, el respeto al orden establecido por Dios para lograr la paz, la subordinación de los intereses personales y de grupos al bien común, el desarrollo de la persona humana y el crecimiento humanista de la sociedad, las relaciones internacionales y mundiales, el armamentismo y el terrorismo, el papel de los cristianos en la sociedad, la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo, el desarrollo de los pueblos, los bloques ideológicos y el desarrollo auténtico, la conservación del ambiente y la fraternidad humana.

Temas que competen a todo ser humano, viviendo en su medio específico y concreto, porque la enseñanza de la Iglesia le brinda el aprendizaje para desarrollar virtudes (principios y normas) morales, éticas y sociales que, en sí mismas, son lecciones y ejemplo para todos, no solo para los cristianos.

El conjunto de la enseñanza tiene en común cuatro asuntos fundamentales: el hombre revestido de dignidad, Dios Creador presente y vigente, la Iglesia depositaria de la verdad y evangelizadora permanente, y el cristiano como agente activo de cambio en la sociedad. No obstante, la utilidad y provecho doctrinario alcanzan cualquier confesión religiosa o cultura universal.

Frente a situaciones acuciantes en la relación humana, en la convivencia, en la expresión y comprensión de la verdad, en el ejercicio de la libertad, muchas veces bajo la influencia de la tentación, de la corrupción, las ocurrencias, las

improvisaciones y el desorden, la Doctrina Social de la Iglesia ha insistido en asumir principios éticos y morales de vigencia y validez, en todos los tiempos y en todas las sociedades.

La vida y la riqueza no se pueden administrar sin una visión humano – solidaria, sentida y asumida como desafío, como reto inmediato, porque, de lo contrario, se pone en riesgo la dignidad de la persona, al prescindir de la justicia social. Sin dignidad no hay libertad, especialmente, en este caso, la religiosa, y sin ésta no se puede sustentar la paz.

Es cercana la experiencia de querer imponer una autonomía desprovista de fe y ajena a la creación divina, procurando que el ser humano, al no tener Creador o Ser Supremo, al no sentir y llevar por dentro la hermandad, al no aceptar un Padre Común, se adhiera al poder temporal como eje de su vida, para esperar de allí las dádivas y beneficios, y asumir como guía o camino ideales abstractos y criterios falsos, hábilmente expuestos y manipulados, con los cuales se enerva la rivalidad, la confrontación, la envidia, el odio y el resentimiento.

En cada momento en que se han producido los documentos de la Iglesia, se han consignado por vía diplomática, y directamente, a los mandatarios del mundo, con lo cual no hay excusas para argumentar su desconocimiento a la hora de celebrar campañas políticas electorales, elaborar programas de gobierno o debatir propuestas de solución a los problemas de cualquier nación, o considerar la pertinencia de un determinado modelo de desarrollo.

La Iglesia Universal ha cumplido su papel rector, como maestra, a tiempo y sin dilaciones, ejerciendo igualmente la obligación de salvaguardar la especie humana. No con un ánimo de proselitismo o captación de nuevos fieles, no, sino en procura de anticiparse y sembrar conciencia, sobre el cuidado del hogar universal, y buscando evitar el sufrimiento de la humanidad, tan presente y ahora campeante en nuestro propio vecindario nacional.

Todo en función de lo universal, más allá de las fronteras específicamente católicas, porque en todo ser humano hay una vivencia íntima que impulsa a la unión, a la asociación, a la cercanía, al agrupamiento, en fin, a la solidaridad y fraternidad. Por supuesto, se necesita el impulso o reafirmación familiar, cultural, educativo y religioso.

Esa inobservancia de la enseñanza magisterial católica, ese olvido de la fraternidad, por ser hijos del mismo Padre, esa ausencia de principios y valores, ese alejamiento de las prácticas religiosas por invasión de la soberbia (orgullo y autosuficiencia), el

individualismo y la manipulación ideológica, deja sin rumbo y sentido cualquier iniciativa de gobierno o dirección de una sociedad.

Por ello pienso en la utilidad de un movimiento nacional, humano, social o político, como quieran llamarlo, de inspiración, convicción y compromiso político basado en principios y valores cristianos, integrado por profesionales, técnicos, empresarios, emprendedores, comerciantes, empleados, obreros, estudiantes, educadores, ciudadanos, amas de casa, seglares comprometidos y personas preocupadas e inquietas, convencidos y decididos, por la conquista de un mejor futuro venezolano.

Hoy, todos somos afectados por la decadencia de nuestra sociedad como instrumento de participación, crecimiento personal y humano – social, elevación moral y ética, mejoramiento de la calidad de vida y, que sea garante de nuestra existencia personal, familiar y comunitaria.

Esa existencia tiene que ver con la reivindicación de la dignidad y perfección de la persona humana, la promoción de la comunidad como espacio de desarrollo, la libertad como condición indispensable, la agremiación como manifestación de la unidad, fraternidad y solidaridad, la justicia social como tarea diaria (colectiva) y la caridad como manifestación de fe y esperanza en la felicidad común y global.

No estoy contento, y nadie puede estarlo, con el actual estado de cosas. Cuatro millones de ciudadanos dejaron la tierra nacional en busca de mejores derroteros, dejando un país que no les ofrecía garantías de trabajo, alimentación, educación de calidad, seguridad humana y material, y asistencia en salud. Dejaron atrás los tristes panoramas del incremento de la pobreza crítica a más de la mitad de la población; una infancia contabilizada en un tercio, menores de cinco años, con desnutrición; cuatrocientos mil mayores con enfermedades crónicas sin medicamentos; los más bajos salarios del mundo; las empresas públicas quebradas; setenta por ciento de alejamiento de alumnos y educadores en todos los niveles educativos; crisis del sistema de justicia; ochenta y nueve homicidios por cada cien mil habitantes, inseguridad jurídica y de los bienes.

Resulta muy triste recordar que más de trescientos mil venezolanos robaron el tesoro nacional cuando se implementó el manirrotismo de los cupos para viajeros en dólares, dejando la sensación de que sin trabajo, esfuerzo y responsabilidad se podía disfrutar de la riqueza natural del subsuelo, aunque todo ocurriera en detrimento de ella misma. Pésimo aporte a la formación de una cultura delincencial, sin límites ni cortapisas.

Proclamo la reversión hacia lo ético y moral en una nueva Venezuela, distinta y renovada, conformada por todos, sin distinciones de política, clase económica, creencias espirituales o culturales, títulos o grados, o pertenencia a los estratos gubernamentales o militares.

En medio de tan precisas y dolorosas situaciones, molesta observar los groseros privilegios de que están revestidos sectores sociales concretos:

* los miembros (y sus familias) del eje gubernamental de cuatro ramas del poder público

- los beneficiarios del manejo gerencial de la industria petrolera, gasífera y minera,
- los productores, traficantes, comerciantes y distribuidores de drogas, productos falsificados y contrabandistas de variado tipo, desde combustibles hasta medicinas, cigarrillos, licores, calzado y ropa,
- los miembros de las redes de robos de vehículos, depositarias judiciales y chiveras,
- los agentes de los poderes irregulares donde se incluyen la tenebrosa narco guerrilla colombiana y la curiosa guerrilla bolivariana que no combate al gobierno, como ha sido lo tradicional e histórico, sino que lo apoya. Ambas esparcidas por todo el país,
- los seudo banqueros, falsos agentes del sector financiero y empresarios de maletín enriquecidos groseramente con el control de cambio y el blanqueo de capitales sucios,
- los miles de empleados que cobran peaje por trámites gratuitos, agentes de la corrupción amparados por la impunidad, que roban mercancías en los puertos y que facilitan la ilegalidad,
- los funcionarios policiales – socios de bandas- que secuestran, extorsionan y asesinan (sicariato), que facilitan el comercio ilegal a cambio de comisiones y que imponen peajes y decomisos a su antojo,
- los traficantes de alimentos, tan especuladores como los bodegueros y abasteros y buhoneros,
- los “poderosos” dueños de los medios de comunicación social, hinchados de riqueza material por su connivencia con la promoción del consumismo, de los antivales y de la nula promoción del humanismo,
- los depredadores del medio ambiente, por ansias de minerales, metales, maderas y especies animales

- los países, isleños y continentales, que han especulado con nuestra riqueza material, con nuestra debilidad y pobreza institucional y con la ignorancia de los gobernantes.

En fin, molesta que a la sombra de la corrupción y la ilegalidad se haya formado otro país, subterráneo, artificioso, ventajista, manipulador y engañoso, en el que medran miles de venezolanos, egoístas y desmedidos en su afán de riqueza. Me molesta e inquieta que una cultura de la ilegalidad, prohijada por el Estado, se haya impuesto como algo normal, consuetudinario y permisible, en todos los sectores y en todas las clases sociales. Me molesta que una inmensa burocracia asuma su labor con desgano, desinterés y desconocimiento, al mismo tiempo que percibe su oficina, despacho o lugar de trabajo como una especie de franquicia para el beneficio y lucro personal.

La violación de la norma, constitucional, legal, reglamentaria, ordenancística, parroquial y hasta de las comunidades educativas y habitacionales, ha pasado a ser más que “una viveza criolla”, como dicen algunos, un disfrute, una satisfacción y necesidad sentida que enorgullece. Ese orden irregular, enemigo de la civilidad, en donde destacan los trámites administrativos sometidos a demoras, negativas y cobros indebidos, afecta la calidad de vida, genera inestabilidad emocional, promueve la especulación, alienta el enriquecimiento ilícito, estimula el desorden y la inseguridad, enseña los antivalores que diluyen la sociabilidad y anula la transparencia y eficacia necesarias en la administración pública.

Me asusta la nefasta penetración de la vivencia carcelaria sobre toda la sociedad. Influencia en el modo de hablar (pobreza de vocabulario, procacidad, nuevas palabras, extrañas, elevado y violento tono de voz), influencia en el modo de vestir, influencia en la creatividad delincuencia (nuevos modos de extorsión, fraude y pillaje), influencia (compra, soborno y asociación) en la pasividad policial, dominio del sector penitenciario y presencia mafiosa en el sistema de justicia. En fin, desde la cárcel se dirige buena parte de la vida venezolana y sus habitantes (los presos) son asomados por el régimen como un ejército armado a su favor, al mismo tiempo que sus familias consideran la delincuencia como una actividad “laboral” u oficio, admitidos socialmente.

Denuncio el desmontaje de la sociedad democrática, cultural y de trabajo honesto que conformábamos hasta fines del siglo pasado, mediante los subterfugios de la “revolución” y la “lucha de clases”. Revolución, que en lugar de cambiar lo malo, buscó destruir todo lo existente para dar paso a un modelo influenciado por tendencias comunistas, por mafias internacionales, por prácticas monopólicas, por

censura comunicacional, por el desconocimiento de todos los derechos humanos, por la prédica del odio y la muerte, por la práctica diaria de la tortura física y psicológica, por la forja de creencias espirituales malignas (brujería, santería y otros), por el desconocimiento de la propiedad privada, por la negación de la justicia, por el ocultamiento de la verdad y por la anulación de la dignidad de la persona humana, por la desaparición de la libertad, por el avance del individualismo, anarquía y la desorganización social, y por la conversión de la justicia social (solidaridad humana) en dádiva personal del mandatario de turno.

Asumo que la mala hora de la nación es un problema de gravedad social, no solo para nosotros venezolanos, como víctimas, sino para el concierto mundial, porque detrás de todos los males conocidos hay un “tejido corporativo delincencial”, cuyas inversiones en dinero, antivalores, contra democracia, subversión y disolución ya están presentes en numerosos países, no solo vecinos, sino también de otros continentes. A tal punto, que una revisión universal de la democracia nos permite saber que de 196 naciones pertenecientes a la Organización de Naciones Unidas (ONU) solo veinte se pueden calificar como tales, mientras que las restantes son de baja estabilidad, inestables y penetradas por distintos morbos.

Pocos espejos para mirarnos y pocos estados nacionales para asociarnos con perspectivas de integración y defensa en procura del beneficio social.

Propugno la reconstrucción de la identidad venezolana, desdibujada y sometida a su olvido, mediante un programa nacional participativo, integrador, innovador en cuanto al liderazgo y sus formas, donde se privilegie la organización (con visión de identidad y pertenencia), el sentido de responsabilidad personal, gremial e institucional, la unidad entre dirigentes, grupos y comunidades, la corresponsabilidad constitucional que nunca fue asumida o explicada y menos entendida, y en donde los servicios educativos estén reforzados totalmente por los medios de comunicación social (hoy mercantiles y politizados, además de banales), para hacer que todos asumamos con entereza el compromiso del cambio. Cambio desde lo personal, íntimo, espiritual, hacia las estructuras sociales.

Sostengo la necesidad de que las fuerzas militares sean desalojadas de la penetración nefasta del comunismo y de los poderes irregulares, y de que su reorientación sirva para ponerlas en consonancia con los signos de los tiempos, donde se impone una nueva teoría del desarrollo nacional sin componentes asistidos por el lucro personal, el pillaje, la corrupción, la ocupación de espacios administrativos ajenos y la dejación de responsabilidades intrínsecas de quienes monopolizan legal y constitucionalmente el poder de las armas de guerra.

Invito a toda la sociedad nacional a reinventarse, a actualizarse, bajo nuevos patrones de organización para el servicio, la conformación de un liderazgo útil, asociado a la prosperidad colectiva, a la recuperación de la influencia positiva, a sostener como norma la solidaridad socio – humana, a la conquista de la pacificación social para superar la deshumanización y la violencia. Ese llamado es para gremios, organizaciones, federaciones, asociaciones civiles, culturales, deportivas, científicas, estudiantiles, no gubernamentales, etc., sindicatos, academias, universidades e institutos universitarios, etc.

En ese sentido corresponde a los medios de comunicación la promoción del desarrollo, el rescate de la identidad nacional, la defensa del lenguaje y el orden público, el ataque a la contracultura de la ilegalidad, la cooperación con el sistema educativo, la elevación y animación de la persona como ser investido de alma y cuerpo, y no solo capaz de sumarse al disfrute (desmedido y sin freno), al gasto insinuado por la publicidad mediática y la promoción del placer material y ostentoso.

Corresponde a las universidades replantearse su existencia, para pasar a ser agentes del desarrollo nacional, gestores de una nueva civilidad, propiciadores de la generación de ingresos propios y, en fin, casas de luces y sabiduría en condiciones de iluminar un nuevo futuro para el cual hoy, lamentablemente, solo nos quedan como recursos personales (agotados los materiales) la ilusión de país, el amor por los hijos y nietos, la emoción de lograr una nueva Venezuela y la conciencia de que somos capaces de alcanzarlo.

En este reto, no descomunal sino posible, no podemos apelar al folclorismo del pasado, ni a himnos, canciones, musiquitas, videoclips o slogans, ni dejarnos llevar por asesores extranjeros de marketing político y electoral, ni a personajes de la fantasía patriótica independentista, sino a nuestra propia conciencia, inteligencia, talento, creatividad y buena voluntad. Eso sí, desprovista de ese falso imaginario que nos convirtió en seres asistidos por la dádiva y la “generosidad” de malos administradores de nuestra riqueza.

Para los ciudadanos, todos, mi llamado es a que sean protagonistas de su propio destino, convencidos de sus potencialidades interiores, líderes con arraigo y respeto, que sepan valorar y reconocer los otros liderazgos, personales e institucionales, y no simples espectadores de medios de comunicación, las más de las veces manipulados, o adictos a las ahora famosas y engañosas redes, tan útiles para confundir, al ser asumidas como recreativas, a mentalidades de bajo corte.

Todos, los no comprometidos con el actual estado de cosas, hemos tenido muchos sacrificios, ya, en dos décadas de mal gobierno, de desatinos y corrupción, de desarticulación social, pero no por ello podemos estar cansados, ser resignados espectadores o habitantes de otras latitudes.

Por el contrario, estamos llamados a más esfuerzos si queremos rescatar lo bueno de la nacionalidad venezolana y sobre ello edificar una sociedad civilista, moderna, humanista, poderosa por su recurso humano creador, no por la extracción del subsuelo, y capaz de hacernos sentir orgullosos de nuestra propia obra, y no de glorias de un pasado lejano (tan infestado de guerras como de revueltas), las más de las veces equivocado y extraño a nuestra realidad. Ese historial, conformado por doscientos veinte incidentes violentos, “guerras o revoluciones” entre comillas, no tiene nada para el elogio, la admiración y el aplauso, como sí muchos motivos para aborrecerlo.

Ese era el modo de forjar o conquistar el poder, el dominio, en aquellos años de país invertebrado y centralista. Hoy, ese modo, se expresa de otra manera, en un afán de confrontación para destruir el rival, trátese de gobierno o de oposición, sin medida ni clemencia, armados de personalismo, ambición, protagonismo estéril, autoritarismo, simulación y engaño, y riqueza indebida para financiar el accionar político. Afán que no contempla la solución de los problemas del país, sino, simplemente, la conquista afanosa y gozosa del poder.

Educación y medios serán pilares para desterrar el conformismo, la pasividad mental, la pereza laboral, el empirismo, la improvisación, el afán de riqueza sin medida y sin valores humanos, el imaginario colectivo de que el gobernante, electo o no, es un repartidor de una riqueza que “nos pertenece” desde hace siglos, sin importarnos si pudiera agotarse, la contracultura de la ilegalidad, el exagerado consumo de licores y drogas, la paternidad y maternidad irresponsables, la corrupción y el desmedido afán de placer, lujo y confort.

Unidos, sí, pero convencidos, podemos. No permitamos que siga reinando el caos y a su lado el orgullo nacional de creernos en posibilidad de vivir en medio del drama socio-cultural que padecemos. Vamos a la ruptura con ese pasado, con ese modelo histórico – cultural, para rescatar lo bueno y forjar un nuevo sistema humanista y cristiano, un modo de hacer política sustentado en el servicio y no en el beneficio. Se impone una nueva sociedad cultural, un nuevo imaginario de generosidad y solidaridad, y no la extensión del paradigma de lo irregular, lo ilegal y lo sucio.

Dejemos atrás la deshumanización y el autoritarismo, para dar paso a la fraternidad, unidad humana y compromiso con un futuro que puede ser mejor en la medida de nuestros anhelos, pero también obtenible si hay convicción, entrega apasionada, entereza, integridad y grandeza de espíritu.

Atrás debe quedar la mutua destrucción del rival político, vecino o comunitario, a sabiendas que las viejas (y nuevas) confrontaciones nos han dejado más odio, más humillaciones, más revanchismo, más resentimiento, más pobreza, más desconfianza, más incertidumbre y más inestabilidad emocional.

Otro mundo y otra Venezuela son posibles.

12.10.19

Nota: Nombres de documentos pontificios y conciliares

Encíclica Rerum Novarum	Papa León XIII	1891
Encíclica Quadragesimo Anno	Papa Pio XI	1931
Encíclica Mater et Magistra	Papa Juan XXIII	1961
Encíclica Pacem in Terris	Papa Juan XXIII	1963
Constitución Gaudium et Spes	Papa Pablo VI – Concilio Vaticano II	1965
Encíclica Populorum Progressio	Papa Pablo VI	1967
Encíclica Octogesima Adveniens	Papa Pablo VI	1971
Encíclica Laborem Excersens	Papa Juan Pablo II	1981
Encíclica Sollicitudo Rei Socialis	Papa Juan Pablo II	1987
Encíclica Centesimus Annus	Papa Juan Pablo II	1991
Encíclica Laudato Si	Papa Francisco	2015